

COLECCIÓN
ALMANAQUE

UN RELATO PAJUERANO

•
GUSTAVO BOMBINI



VERA editorial cartonera

UN RELATO PAJUERANO



COLECCIÓN
ALMANAQUE

UN RELATO PAJUERANO

GUSTAVO BOMBINI



VERA editorial cartonera

1.

Me gusta la palabra «pajuerano». La usa la escritora santafesina Laura Devetach en el cuento «La plaza del piolín» algunos de cuyos personajes son migrantes del interior en Buenos Aires.

Las antiguas estaciones de tren de la ciudad de Buenos Aires tienen carteles en sus andenes. En el andén derecho, en general, dice «Trenes para adentro» y en el andén izquierdo el cartel suele decir «Trenes para afuera».

Si pienso en la estación de Constitución de la Ciudad de Buenos Aires, por muchos años he tomado un tren en el andén que quizá no lo decía pero era el andén de «Trenes para afuera» y que me regresaba a mi ciudad natal: Mar del Plata. En este sentido, tomando un tren para fuera, soy lo que se dice estrictamente un pajuerano. «Soy del interior», les decía a principios de los ochenta a mis compañeros de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. «¿De dónde?», interrogaban. «De Mar del Plata», respondía yo. «Eso no es ser del interior», decían los porteños, mientras yo pensaba en que ellos no llevaban atado a la cintura un suéter por las dudas de que a la «tardecita» refrescara. Tampoco entendían que la «tardecita» no era la hora de la siesta sino el crepúsculo. Y era ahí cuando bajaba el sol y podía refrescar. Y eso no pasaba en Buenos Aires. Pasaba en Mar del Plata. Y ese suéter atado a la cintura, al fin inútil,

era la prueba más fehaciente de que yo era un pajuerano. Pajuerano era yo porque no había hecho el secundario ni en «El colegio» ni en el Pelle. Tampoco los conocía de la escuela ORT ni del Macabi. Y menos aún del Lasalle.

Una pajuerana de Santa Fe, Analía Gerbaudo, me pidió que escriba sobre cierto tráfico de la teoría literaria y sumaré de la literatura y de la lingüística, entre Buenos Aires y Mar del Plata, que se unían gracias a ese tren que salía de ese andén de Constitución. Tráfico con el que a mediados de los años ochenta parece que tuve algo que ver.

2.

Contaré mi biografía que en el año 1982 llegué a Buenos Aires a estudiar Letras. Los bibliógrafos se harán la misma pregunta que mi papá, que no es ni literato ni universitario, le hizo a mi mamá: «¿Por qué Gustavo quiere estudiar Letras en Buenos Aires si esa carrera se puede estudiar aquí en Mar del Plata?» La pregunta era interesada: ¿por qué habremos de pagarle durante cuatro años el alquiler de un monoambiente en Buenos Aires y solventarle todos los gastos? La respuesta de mi mamá, que era maestra normal, fue contundente (según me contó mi papá a los pocos meses de su muerte): «Gustavo dijo que en la UBA el nivel es superior». Sigo preguntándome hoy a qué se debía esa confianza de mi mamá respecto de mi juicio sobre el nivel académico de dos universidades cuando yo era un estudiante de quinto año de la secundaria. Y también sigo preguntándome por qué yo le contestaba a mi mamá con tanta seguridad.

Evidentemente Buenos Aires no era solo la UBA. Era en esos tiempos aún de dictadura, el cine Cosmos, la Sala Lugones del Centro Cultural San Martín, el cine de la Hebraica, las librerías de la avenida Corrientes, las librerías «de viejo» de cualquier otra calle, el teatro Colón, el Coliseo y los ensayos de la Orquesta Juvenil de Radio Nacional en la sede de la calle Ayacucho donde tocaban algunos amigos míos, mayores que yo y músicos. Pajueranos.

La contundencia de la decisión de mi madre (que por otra parte era la que ponía la mayor parte del dinero para mi manutención mientras mi padre se seguía preguntando para qué) me puso a principios de los 80 a vivir en un monoambiente con ventana interna a un hueco y kitchinette a solo 300 metros de la Facultad de Filosofía y Letras de la calle Charcas (como entonces decíamos) y a otros trescientos del Palacio Pizzurno donde más tarde trabajaría por casi veinte años. Mientras tanto Mar del Plata retornaba bajo el nítido recuerdo del colectivo 573 que me llevaba al Colegio y que, antes de llegar, pasaba por la costa justo en el momento de la salida del sol. Mar del Plata retornaba hacia mayo en la sobresaltada expectativa de novedades en relación con el destino de César, mi mejor amigo de la secundaria que estaba en ese momento en «Puerto Argentino» como un joven conscripto combatiente de Malvinas.

Eso podía ser Buenos Aires, aun en la dictadura. Eso pudieron haber sido los dos primeros años mientras las lecturas de literatura europea se sumaban junto a la tenacidad de la enseñanza memorística del latín y del griego, algún aprendizaje más o menos útil del francés y un examen final de literatura francesa en la que la pregunta de examen más desafiante era decir el nombre de cada uno de los sirvientes en las comedias de Molière.

Vivíamos en una especie de mundo preteórico donde la aplicación de modelos (si es que asomaba alguno) y la memorización eran las dos grandes operaciones cognitivas y culturales demandadas. Ese mundo, además, estaba habitado por prejuicios y formas más o menos explícitas de censura donde era posible ser destinatario de advertencias muy particulares. Por ejemplo, a la hora de leer un capítulo de Maravall sobre el Barroco: «cuidado cuando lean a este autor que se deja llevar por una ideología; yo, como Unamuno, creo en las verdades de la inteligencia y del corazón», rezaba la advertencia. Yo que había leído a Unamuno por mi cuenta porque Borges lo nombraba, me había encontrado un ser existencial un poquito más complejo que esto de las «verdades de la inteligencia y del corazón»; me había encontrado a un Unamuno dolido hasta la muerte por su

España. Por si no se advierte, parece que Maravall era marxista pero a la vez insoslayable en la bibliografía. «Marxista», digo, como se podía llegar a decir «marxista» en esa época. Parece que a Maravall se le ocurrió que el barroco tenía algo que ver con la sociedad en la que se producía.

3.

El salto cualitativo vino dos años después. A partir de ahí se justificaría más nítidamente esa decisión de estudiar letras en Buenos —Aires. No sé si lograría tranquilizar a mis padres. Para este relato que podría extenderse páginas y páginas, elijo dos momentos iniciales que vienen a mi memoria y que fueron puntos de fractura.

La primera clase, una mañana de sábado, de María Teresa Gramuglio, adjunta de Beatriz Sarlo, en Literatura Argentina II, donde se refirió a las relaciones entre política y cultura en los años 60 y, puntualmente, al proceso de «Tucumán Arde». El otro momento fue la primera clase de la cátedra de Lingüística de Beatriz Lavandera, en que definió a la «sociolingüística» no como una rama de la lingüística sino como un modo de hacer lingüística. De pronto, lengua, sociedad, literatura y política eran términos que podían ser dichos en clase y las teorías (lingüísticas, literarias) estaban ahí: en pilas de fichas de cátedras y fotocopias, en algunos libros y en las clases de Enrique Pezzoni, de Josefina Ludmer, de Jorge Panesi, de Nicolás Rosa, de Nicolás Bratosevich, de Mónica Tamborenea, de Alan Pauls.

Claro: ya nada sería igual. 1984 y 1985 fueron los años en los que empezamos a atravesar un nuevo canon, unas nuevas certezas contextualizadas en los tiempos políticos de entonces, en clave alfonsinista, con los efectos de exclusión que habría de advertir años después. Fueron los años de discusión del nuevo plan de estudios en el que trabajamos con mucho compromiso y con todo el apoyo de una gestión normalizadora encabezada por Enrique Pezzoni donde los estudiantes tuvimos un gran protagonismo.

4.

Habiendo terminado de cursar y con algunos finales por rendir, se cumplía el tiempo del pacto de manutención acordado con mis padres. Ahora debía empezar a trabajar. El relato del pajuerano cuenta que desde la más temprana adolescencia había trabajado. Los veranos en Mar del Plata son para los adolescentes y jóvenes de las clases medias y bajas la ocasión de iniciarse en el campo del trabajo. Por años fui el cadete de la farmacia de mi barrio hasta que llegué a atender el mostrador y tuve otros trabajos entre los que se incluían las clases particulares de cualquier materia de la secundaria que yo ya hubiera aprobado. Era así de osado pero a todos mis alumnos les iba bien.

El desafío de empezar a trabajar en Buenos Aires seguramente me amedrentó. No me acuerdo. Tenía 24 años a fines de 1985.

Como había hecho mis dos primeras materias de letras en la Universidad Nacional de Mar del Plata, entre 1980 y 1981, y como en el pueblo nos conocemos todos, me acerqué a Letras y en ese año fui algo así como adscripto de la Cátedra de Teoría Literaria. Para mi adscripción propuse dos trabajos prácticos. Uno que no me acuerdo y otro que me acuerdo muy bien que estaba marcado por mi cursada del Seminario 1985 de Josefina Ludmer. «Concepciones de la literatura en Sur y Contorno». «Qué se lee y desde dónde se lee», o algo así, les propuse a los alumnos. En esa época nadie insistía de manera obsesiva como lo hacen algunos colegas de hoy respecto a que los adscriptos no pueden dar clase. Yo fui un adscripto que dio clases y me fue muy bien. Siempre le propuse a los ayudantes y a los adscriptos de mis cátedras dar clases. Y lo sigo haciendo pese a que lo prohíban los reglamentos.

Entre los textos del corpus que armé para mis alumnos marplatenses, había unos conmemorativos de Sur de Victoria Ocampo en los que fustigaba al lector masivo de Cortázar y un texto de Adelaida Gigli de una Antología del grupo Contorno publicada por el Centro Editor de América Latina. Un texto muy crítico hacia la figura de Victoria Ocampo y sus escritos. El artículo se llamaba «V.O.». Yo me quedaría con esas iniciales.

5.

Por una razón bastante azarosa del ordenamiento urbano de Mar del Plata y no por una afinidad de clase, la casa de mis padres donde estaba viviendo desde 1986 está a dos cuadras de la casa de Victoria Ocampo; un inmenso chalet de madera que, al modo de una prefabricada, fue traída de Noruega por el Tata Ocampo, el padre de Victoria, en 1912. Esa casa era la casa de veraneo de la escritora. Allí fueron huéspedes Eduardo Mallea, María Rosa Oliver, Jorge Luis Borges y también Enrique Pezzoni, el último jefe de redacción de *Sur*. Estaba emplazada sobre un terreno de dos manzanas, ya entonces reducido a una. De esos jardines me impactaban las hojas moradas de los liquidambar en otoño, la exuberancia de las magnolias florecidas y la majestuosidad algo caótica de los ombúes. Esa casa, legada por Victoria a la UNESCO y luego comprada por la Municipalidad era un centro cultural en el que fundamentalmente se hacían recitales al aire libre en el verano donde los árboles nombrados mejoraban la acústica y luego, en el invierno, algunos cursos organizados por las señoras de alguna fundación dirigidos a otras señoras del afamado barrio «Los troncos». No había actividades literarias en el invierno y unas pocas de corte promocional en el verano. Un viejo compañero de Letras del año 80 era empleado municipal y encargado de la Villa y ahí pasé algunos días del verano del 86 pensando en que sería interesante recuperar el espíritu literario de esas paredes.

6.

Entre Buenos Aires y Mar del Plata, conversé con Pezzoni quien no había vuelto a pisar la casa desde la muerte de su amiga Victoria en 1979. Con Fernando y otros marplatenses de las artes plásticas y de alguna otra área que no recuerdo pergeñamos un proyecto de «Refuncionalización de la Villa Victoria». Para el área de Literatura, mi propuesta fue V.O. *Encuentros de literatura*, retomando aquellas

iniciales del urticante artículo de Adelaida Gigli. Mi profesor de filosofía del Colegio Nacional, Elio Aprile, era en ese momento el Secretario de Cultura de la Municipalidad de General Pueyrredón.

Yo ya había tomado contacto con él durante el año 1985 anunciándole mi regreso a la ciudad y antes de V.O., le había acercado otro proyecto: algo así como un estudio del campo literario marplatense aplicando las categorías de campo intelectual de Pierre Bourdieu cruzada con la sociología de la cultura de Raymond Williams. Las clases de Beatriz Sarlo habían tenido como efecto inesperado la escritura de un decreto municipal en el que se auspiciaba mi investigación. Mientras tanto yo fantaseaba con una suerte de cargo imposible de investigador municipal.

Más allá de ese ostentoso decreto de auspicio con membrete y sello municipal, mi interés por el campo intelectual marplatense me llevó a conocer a la más grandiosa amiga de todos los tiempos: María Adelia Díaz Rönner, editora (a su pedido y gestiones de insistencia) de mi primer libro, *La trama de los textos. Problemas de la enseñanza de la literatura*. Ella me introdujo en el mundo editorial y en el campo de la literatura infantil en Buenos Aires de la mano de Graciela Montes y de Susana Itzcovich. El decreto de auspicio me llevó a conocer también a otro gran amigo: Cachi García Reig, el único escritor marplatense que valía la pena, según me informó muy valorativamente Díaz Rönner mientras me desalentó para que no continuara con mi ejercicio de sociología de la literatura porque estaría condenado a leer literatura muy mala. De ambos, de Cachi y de María Adelia, me tocó años después organizar y prologar sus libros póstumos: *Los días de miércoles y otros cuentos* y *La aldea literaria de los niños*, respectivamente.

7.

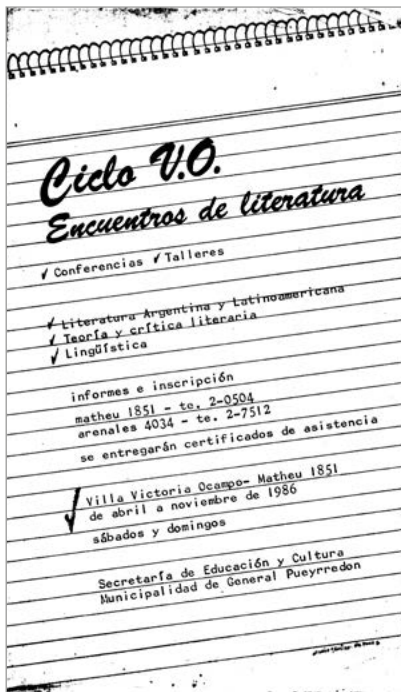
Vuelvo a V.O. Elio Aprile, mi antiguo profesor de filosofía, ahora funcionario municipal, se entusiasma con lo que puede llegar a ocurrir en la Villa Victoria en ese invierno. Y, efectivamente,

en un día de finales de abril de 1986, Enrique Pezzoni dicta una conferencia inaugural basada en un aún inédito «Autobiografía y autorretrato de Fervor de Buenos Aires de Jorge Luis Borges» que luego formaría parte de su celebrado libro *El texto y sus voces*. Fue una noche deslumbrantemente literaria y Pezzoni era una máquina imparable de producir anécdotas sobre los años de veraneo en esa casa y sobre la imponente figura de Victoria: sobre sus regenteados con sus huéspedes, sus riñas con Silvina, vecina de la otra casa de una manzana de enfrente, sus paseos por la playa con su Dogo argentino y sus amantazgos semi secretos literarios y extraliterarios (relatos que aún recuerdo pero sobre los que no voy a explayarme aquí).

El entusiasmo de Enrique marcó el inicio de un Ciclo Literario que asumía dos modalidades: conferencia y taller de temas literarios y lingüísticos (esto la hubiera excedido a Victoria). Después de ese 26 de abril de 1986, más o menos cada quince días, un nuevo invitado arribaba a la ciudad feliz. Algunas de las actividades fueron: en formato de conferencia, la citada de Pezzoni, «Análisis lingüístico del discurso político» por Beatriz Lavandera, «Vanguardias y cultura popular» por Beatriz Sarlo, «Felisberto Hernández» por Jorge Panesi y por razones de agenda quedaron fuera de la programación Josefina Ludmer y Nicolás Bratosevich; en formato de taller con cursada día sábado y domingo por la tarde, «La pasión de la reproducción (sobre “La traición de Rita Hayworth” de Manuel Puig)» por Alan Pauls, «Literatura y posmodernismo: apuntes para el debate» por Claudia Kozak, «La vanguardia histórica como objeto de la teoría» por Gabriela Nouzeilles, «Narrativa de Juan José Saer» por Graciela Montaldo, «La pragmática como lingüística» por Charly Feiling, «Análisis lingüístico del poder» por María Laura Pardo y, a cargo de estudiantes avanzados de la carrera, «Walter Benjamin y la ley seca» por Arnaldo Iadarola y Fernando Rossaroli y «Los suplementos culturales bajo la dictadura» a cargo de Jorge Cicuttín y Rolando Graña.

8.

Trato de recordar algunos detalles técnicos y logísticos. Con el área de gráfica de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad elaboramos folletos y afiches. Sencillos, en variantes del tamaño de hoja oficio (todavía no hablábamos de A4) y con una tinta y unos renglones de fondo un poco escolares y unas tipografías simulando manuscritas.



Ciclo V.O.
Encuentros de literatura ✓

La pasión de la reproducción

"La traición de Rito Hayworth" de Manuel Puig

✓ taller a cargo de Alan Pauls

Informes e inscripción
 mathew 1851 • te. 2-0504 • 14 a 17 hs.
 arenales 4034 • te. 2-7512
 se entregarán certificados de asistencia

✓ Villa Victoria • Mathew 1851
 16 y 17 de agosto 1980
 15 a 19 hs.

Secretaría de Educación y Cultura
 Municipalidad de General Pueyrredón

Ciclo V.O.
Encuentros de literatura ✓

"La pragmática como lingüística"

✓ taller a cargo de Carlos Feiling

Informes e inscripción
 mathew 1851 • te. 2-0504 • 14 a 17 hs.
 arenales 4034 • te. 2-7512
 se entregarán certificados de asistencia

✓ Villa Victoria • Mathew 1851
 7 y 8 de junio de 1980
 15 a 19 hs.

Secretaría de Educación y Cultura
 Municipalidad de General Pueyrredón

Ciclo V.O.
Encuentros de literatura ✓

"Literatura y postmodernismo: Apuntes para el debate"

✓ taller a cargo de Claudia KOZAK

Informes
 mathew 1851 • te. 2-0504 • 14 a 17 hs.
 arenales 4034 • te. 2-7512
 se entregarán certificados de asistencia

✓ Villa Victoria • Mathew 1851
 18 y 19 de octubre de 1980
 15 a 19 hs.

Secretaría de Educación y Cultura
 Municipalidad de Gral. Pueyrredón

Ciclo V.O.
Encuentros de literatura ✓

Beatriz Sarlo

"Vanguardias y cultura popular"

✓ Informes
 mathew 1851 • te. 2-0504 • 14 a 17 hs.
 arenales 4034 • te. 2-7512

✓ Villa Victoria • mathew 1851
 sábado 4 de octubre de 1980
 20 horas

Secretaría de Educación y Cultura
 Municipalidad de Gral. Pueyrredón



Para el caso de los talleres, lo previsto era que los invitados enviaran bibliografía con anticipación. Y esa bibliografía estaba disponible desde la semana anterior al encuentro en una fotocopiadora de Alberti y Dorrego, nada cerca de Matheu y Arenales donde quedaba la Villa Victoria.

Entendamos que cuando digo que los invitados enviaban bibliografía no estamos hablando de unos materiales escaneados que llegaban como archivo adjunto sino de unas buenas fotocopias que llegaban a mi casa en sobres de color manila y por correo postal. Yo me encargaba de llevar el material a la fotocopiadora.

9.

Se me había ocurrido que los invitados también podrían mandar con anterioridad artículos para ser publicados el domingo anterior al evento en el suplemento literario del principal diario marplatense, *La capital*. Este anticipo sería también un modo de difusión de la actividad. Algo así había acordado con el señor Pedro Leguizamón: un escritor local que escribía literatura gauchesca.

No olvidar que Mar del Plata es, antes que una ciudad turística, un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Cuando recibí por correo postal las dos páginas del artículo de Graciela Montaldo sobre Juan José Saer se lo llevé a Pedro quien ignorando lo que creí que habíamos acordado esgrimió como argumentos para rechazar la publicación el hecho de que ni Montaldo ni Saer eran marplatenses. Era la primera vez que Montaldo daba clases en Mar del Plata y era la primera vez que alguien hablaba de Saer allí y en la casa de Victoria Ocampo, tan luego. Mis argumentos parecían atendibles: es un escritor nacional, ahora reconocido, que se lee en la universidad, y el público de estas actividades es marplatense, esgrimía yo. Leguizamón, créame, yo también soy marplatense y lo es también mi padre. Somos «nacidos y criados». No hay duda de que Leguizamón se creía más marplatense que nadie y además era el director del suplemento cultural de los domingos de *La capital*. ¿Qué hacer? El artículo de Montaldo no se publicó y desde entonces desistí de solicitarles artículos al resto de los invitados.

10.

En mi afán archivístico, con grata sorpresa, aunque no tanta porque rara vez tiro algo, encontré algunos documentos que hicieron parte del proceso de gestión. Yo asumía un discurso de conocedor de la gestión cultural al modo de un aprendizaje veloz que hoy mismo me llama la atención. En un documento con fecha 20 de enero de 1986 dirigido al Secretario de Cultura, hablaba ya en el primer párrafo de la «posibilidad de incorporar materiales literarios aún no difundidos

en este medio» y de «la difusión masiva (...) como objetivo prioritario para estimular una actitud de reflexión acerca de la literatura». Cito y me pregunto: ¿un programa cultural o pedagógico? ¿Un programa universitario o que aspiraba a una audiencia mayor? ¿Qué habré querido decir con «masivo» en aquel contexto? Palabra que hoy me suena extraña. En este sentido, en ese mismo documento, al referir a la modalidad «talleres de lectura» que serían dictados por los críticos en días sábado y domingo, se agrega un propósito más: «Estos talleres de fin de semana serán, a la vez, el origen de grupos de lectura que continuarán reuniéndose en el ámbito de la Villa Victoria para analizar, incorporar y debatir las lecturas propuestas». Esto parece acercarse a una modalidad académica y tiene algo de lo que recordamos como universidad de las catacumbas: espacios alternativos de formación en la época de la dictadura donde se habían formado muchos de mis invitados de una generación anterior a la mía.

11.

Vuelvo a la pregunta: «¿V.O. es un proyecto de difusión cultural o de formación académica? ¿Qué voces autoriza? ¿A quiénes quiere convocar?». En este mismo documento, unas líneas más abajo, se aclara que la modalidad «conferencia» podría estar a cargo de «escritores, críticos y profesores». Doy testimonio de que no hubo ni siquiera nombres tentativos de escritores entre los invitados posibles. Acaso un cierto repliegue sobre esos saberes académicos deslumbrantes haya eclipsado o desestimado en la consideración del joven gestor cultural el valor de la presencia de los escritores en el ciclo. ¿Qué hubiera pensado V.O. sobre esto? Seguramente me hubiera recriminado que allí no estuvieran los creadores.

12.

En otro párrafo del documento que estoy recuperando leo que dentro del Ciclo se prevé:

«La divulgación de todo tipo de material, a disposición del público, en el ámbito de Villa Victoria (Libros, reseñas, artículos, fotocopias, etc.). Se prevé la instalación de un espacio de ventas de diversos materiales a cargo de librerías locales».

No recuerdo si acordé la presencia de una librería local pero sí de una gestión que hice personalmente que fue «importar» *Punto de vista*: tarea propia de un pajuerano. Se vendía la revista dirigida por Beatriz Sarlo en Villa Victoria, en el espacio donde décadas antes se habían pergeñado muchos números de la revista *Sur* según el testimonio de Pezzoni. ¿Qué hubiera pensado V.O. sobre esto? En mis viajes de pajuerano importador a Buenos Aires (V.O. era pajuerana respecto de Estados Unidos y Francia), llegaba a las oficinas de *Punto de vista* en el barrio de Once para retirar mi paquete del número recién salido y ahí rendía cuentas a Sergio Chejfec, primero, luego reemplazado por Aníbal Jarkowsky.

13.

Sobre los asistentes a V.O. recuerdo una numerosa concurrencia en el lanzamiento con el tándem Borges/Pezzoni, la noche de gala; ahí estaba el poeta marplatense Rafael Felipe Oteríño y su entonces esposa, la recordada gestora cultural Susana López Merino. También la concurrencia fue nutrida en ocasión de las visitas de Beatriz Lavandera y de Jorge Panesi. Recuerdo mucha gente joven en una conferencia entusiasta de Beatriz Sarlo hablando de rock y una post conferencia con empanadas en el living de la casa de mis padres a donde nos trasladamos todos. Y la discusión continuaba.

Respecto de los talleres, encuentro en mi archivo dos listas de asistencia. En una en las que predominan los intereses literarios por sobre los lingüísticos hay 16 presentes, algunos son estudiantes, otros profesores de secundaria y otros universitarios. En la otra lista, reconozco a las profesoras de gramática de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata. También hay estudiantes que se repiten. Y la planilla tiene una columna donde se pregunta: «¿Asistirá

al próximo taller?» donde se vislumbra el afán estadístico y de control de joven gestor. Vemos que las profesoras de gramática dicen que no asistirán al próximo evento que seguramente sería de literatura.

14.

No soy yo el indicado para evaluar el impacto de este Ciclo. Analía lo incluirá en nuevas formas de sus exhumaciones. Habrá que saber más sobre el impacto del Ciclo V.O. en la carrera de Letras en Mar del Plata en el momento de su realización y en los años posteriores. Y en las vidas y en las trayectorias académicas de algunos de sus asistentes. Qué estaba pasando y qué pasaría es tema de otro trabajo. Y ya no sería autobiográfico como este.

15.

Pero sigamos unos momentos más en Mar del Plata. Sobre la calle Corrientes, pasando Belgrano estaba la librería Paidós, atendida por un gran bibliotecario y difusor de libros: Julio Neveleff. Doy con un libro desconocido. No lleva nombre de autor. No es autor anónimo como el Mío Cid, como decían en la escuela. El autor es un colectivo: GRAFEIN. Y el libro se llama *Teoría y práctica de un taller de escritura*. Me sorprende y me divierte. Es raro. «Consignas» (leo por primera vez esa palabra):

De completamiento simple (rellenado), la frase metida, la ruleta,
Consignas de Completamiento reglado (con operación marcada).
Hipograma. Transformación libre (de un pre texto). Ayudamemoria
para el análisis. Comicar. Muro descascarado. Traducción imaginaria.
Geminar frase. Versear. Inclasificables: Perífrasis, Textos afásico.
Escribir un texto dorado en sus puntas.

Libro raro de desconocidos autores argentinos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Más tarde, en Buenos Aires, gocé de

la amistad, del trabajo compartido y de las enseñanzas de Maite Alvarado, trabajé en su cátedra de Taller junto a Gloria Pampillo, chateo por Facebook hasta hoy con María del Carmen Rodríguez y celebro cada año el puntual ritual de cumpleaños de la querida Alcira Bas. Eran ellas parte de una experiencia de la década del 70. De esa década del 70 de la que no nos hablaban en la Facultad de los años 80. Peronismo – universidad: oxímoron.

El libro de GRAFEIN, publicado en Madrid en 1981. Editorial Alta-lena. Lúdico el dibujo de tapa. Y en la página 57, un capítulo: TEORÍA.

Otra vez la teoría en Mar del Plata. Leo: «¿Por qué texto?, El texto y la lengua, ¿Quién escribe? Intertexto. Escritura–lectura. Significación. Juego significante/lógica textual».

Y unas citas bibliográficas: de Barthes, *El placer del texto. El grado cero de la escritura. S/Z. Crítica y verdad*; *Lógica* de Phillip Sollers; de Kristeva, *Semiótica, La revolución del lenguaje poético*; de Derrida, *De la gramatología* y *La escritura de la diferencia*; de Josefina Ludmer, *Onetti. Los procesos de construcción del relato*. Muchos traducidos, casi todos traducidos, en la década del 70. Nicolás Rosa. Ana María Nethol, traductores. Parece que todo ya estaba ahí. Pero de los 70 nadie se acordaba. GRAFEIN me hace retornar a la teoría, de otro modo. Me informa sobre la omisión y me enseña, para siempre, a escribir y a enseñar.



•

GUSTAVO BOMBINI

Este es relato de una experiencia de gestión. Volvería después sobre esos asuntos en Ministerio de Educación de la Nación como coordinador del Plan Nacional de Lectura y del Departamento de Materiales Educativos. También gestioné carreras de grado y de posgrado y publicación de libros, me gusta ser editor. En sintonía con estos procesos de «importación de teorías», al fin y al cabo una tarea pedagógica, he dedicado mi vida a la enseñanza y a la formación de profesores y profesoras en la UBA, en la Universidad Nacional de La Plata y en la Universidad Nacional de San Martín, en algunos institutos terciarios y tantísimas universidades argentinas y de otros lugares del mundo adonde fui invitado. En mis universidades hice tareas de investigación personales y grupales. Y, como en este caso, escribí bastante sobre mis temas: la enseñanza de la lengua y la literatura, la literatura infantil y juvenil, las políticas de lectura, la escritura en la formación de profesores. Pero todavía falta mucho por escribir.

COLECCIÓN **ALMANAQUE**

dirigida por Analía Gerbaudo

Como los viejos almanaques en los que caían juntos el santoral, dibujos o fotos y el calendario lunar, en esta colección se reúnen textos diversos hilvanados por la presunción de la necesidad de su difusión en este corte del presente.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral. Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa de Lectura Ediciones UNL.



CEDINTEL



IHUCSO-LITORAL



ediciones UNL

Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral (www.huertatipografica.com).

Bombini, Gustavo

Un relato pajuerano / Gustavo Bombini. - 1a ed - Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral, 2023.

Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera / Almanaque)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-345-3

1. Ensayo Literario Argentino. 2. Memoria Autobiográfica. I. Título.

CDD A860

© Gustavo Bombini, 2023.

© de la editorial: Vera cartonera, 2023.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional